

KONTAKIZUN IRABAZLE ETA FINALISTAK

III. Kontakizun lehiaketa

Bakardadeari buruz

RELATOS GANADORES Y FINALISTAS

III. Concurso de relatos

Sobre la soledad



III. KONTAKIZUN LEHIAKETA

Bakardadeari buruz

III. CONCURSO DE RELATOS

Sobre la soledad

INFORMAZIOA

Argitalpen honetan NAGUSILAN elkarteak bakardadeari buruzko “III. Kontakizun Lehiaketan” aurkezturiko idazlan irabazle eta finalistak topatuko dituzu. Helburua adinekoen bakardadeari buruz sentsibilizatzea, idazketa eta irakurketa sustatzea eta nahi ez den bakardadearen inguruan herritarrak kontzientziaztea da.

.....

INFORMACIÓN

Esta publicación contiene los relatos ganadores y finalistas del “III Concurso de Relatos sobre la soledad” convocado por la Asociación NAGUSILAN, con el objetivo de sensibilizar sobre la soledad de las personas mayores, promover la escritura y la lectura y concienciar a la ciudadanía sobre el tema de la soledad no deseada.

PRESIDENTEAREN AGURRA

Nagusilan Elkartearen izenean eskerrak ematen dizkiegu lehiaketan parte hartu duzuen guztiei eta baita epaimahai-ko kideei ere: Iñaki Villagrán (Presidente), Lurdes Lope eta Jokin Carames. Nagusilanen eta elkartea osatzen dugun boluntario guztien helburua nahi ez den bakardadeari aurre egitea da, eta kontakizun hauek horren isla dira. Gozatu irakurketarekin.

.....

SALUDO DEL PRESIDENTE

En nombre de la Asociación Nagusilan agradecemos a todas las personas que habéis participado en el concurso, así como a las y los miembros del jurado: Iñaki Villagrán (Presidente), Lurdes Lope y Jokin Carames. El objetivo de Nagusilan y de todas las personas voluntarias que la conformamos es combatir la soledad no deseada y estos relatos son un reflejo de ello. Deseamos que disfrutéis con su lectura.

Joserra Ecenarro Arriola
Nagusilaneko Presidente
Presidente de Nagusilan

AURKIBIDEA / ÍNDICE

KONTAKIZUN IRABAZLEAK / RELATOS GANADORES

El viejo lector

Egilea / Autor: **Jesús Montero García** 9

Zure karpeta urdinak

Egilea / Autor: **Jon Mendizabal Ituarte** 15

Soledad, mi libertad y mi miedo

Egilea / Autor: **José Luis Insausti Urigoitia** 17

Ahatetxoa bakarrik

Egilea / Autora: **Lourdes Rodríguez** 21

KONTAKIZUN FINALISTAK / RELATOS FINALISTAS

Jospi

Egilea / Autor: **Juan José Arbiza Berregui** 25

Un invierno más

Egilea / Autora: **Maite Arrieta Beloqui** 31

Soñé que no estabas

Egilea / Autor: **Nicolás Bergel García** 35

Doña Rosita

Egilea / Autora: **Inma Díez González** 41

Memoria

Egilea / Autora: **Pilar Estébanez Castrillo** 45

Hotel Terminus

Egilea / Autor: **Juan Enrique García Gómez** 49

Por tu ausencia

Egilea / Autora: **M^a Nieves Gómez González** 57

La llave

Egilea / Autora: **Emiliana González Maestro** 65

Lagundu

Egilea / Autor: **Juan José Arbiza Berregui** 73

Itzaropena

Egilea / Autora: **Yolanda Burgoa Zenarruzabeitia** 75

El viejo lector

Jesús Montero García

Saria / Premio

EAE-n erroldaturiko pertsona nagusiak

Personas mayores empadronadas en la CAPV

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

Manuel había desoído un perentorio aviso de su madre, un «¡A comer, que estamos todos en la mesa!», pero es que se encontraba en el momento álgido de la historia. Había cumplido raudo con su deber infantil de poner la mesa para continuar con el libro que estaba leyendo. «¡Ya voy. Estoy acabando el capítulo!», se atrevió a contestar. Cuando lo terminó, fue a comer y soportó estoico la breve reprimenda de sus padres. Pero finalizada la comida, regresó a su lugar favorito a devorar un nuevo capítulo al que siguieron otros más, mientras se olvidaba de que las horas iban transcurriendo, irremisiblemente atrapado en las páginas del libro, fascinado por lo que aquellas palabras le transmitían.

Desde que aprendió a leer había sido un furibundo lector. Novelas de aventuras en su niñez plagadas de historias de corsarios, fieros tigres de Malasia, de viajes al centro de la Tierra, a las profundidades de los océanos durante veinte mil leguas, o a través de las estepas siberianas en permanente combate con los rebeldes tártaros para entregar una carta al Zar de todas las Rusias.

La primera juventud le sorprendió con lecturas más reposadas e idílicas. Entre poemas y personajes soñadores se

elevó hasta alturas infinitas con el descubrimiento del amor romántico para caer después en los más profundos infiernos del abandono y del despecho. *Amor eterno, Veinte poemas de amor y una canción desesperada...* Inmortales versos que le hacían sentir y palpitar, que canalizaban y daban cauce a sus propios sentimientos ayudándole a encontrar las palabras justas con que expresar lo que sentía a flor de piel. ¡Gracias Becquer! ¡Gracias Neruda!

Dejó atrás más tarde las veleidades del corazón, y la madurez le acercó a los ensayos, los sesudos análisis históricos y políticos, la economía, los tratados, los manifiestos... *El Capital, la Revolución Proletaria, el Libro Rojo...* Los libros también le proporcionaron cultura y recursos para el debate social, el activismo, la defensa de sus ideas. La lectura de los teóricos, Marx, Engels, Adam Smith, le concedió un poso que se le notaba: «Un tipo leído», decían de él.

Poco a poco se fue haciendo más selectivo y comenzó a ordenar lo caótico de su universo literario. Siempre versátil, seguía entremezclando géneros, pero ahora con más rigor. Y, lo que tienen los «tipos leídos», aprendió a manejar las palabras. A veces se lanzaba a escribir pequeñas historias, relatos deslavazados que fueron mejorando poco a poco, pero que pudorosamente guardaba en el más hermético de sus cajones.

A medida que Manuel devoraba páginas de libros también fueron corriendo las de su vida y... llegó la vejez. Como a don Eloy, el personaje de *La hoja roja* de su amado Delibes, también le llegó el momento de contar una a una las hojas que le restaban en el librito de la vida. Había comenzado a perder facultades y no solo físicas. Su memoria se tornó más frágil y perdía concentración, pero aún podía leer y a

través de esas lecturas seguir experimentando emociones, conocer más gentes y más paisajes y trasladarse a momentos apasionantes todavía. Así que ahora, ya mayor y algo dependiente, se decidió a ingresar en una residencia geriátrica para vivir en ella la última etapa de su vida. Allí, entre otros cansados, seniles y desmemoriados como él, luchaba por seguir activo. Esto significaba tener siempre un libro bajo el brazo. Leer y seguir soñando.

La vida en la residencia transcurría en una monótona tranquilidad; los días iguales unos a otros, siguiendo un estricto horario y esperando alguna visita que no siempre llegaba. Sentados, silenciosos, apoltronados, animados por el personal cuidador se esmeraban con cierta apatía en recordar fechas, distinguir si era primavera o verano o encajar las piezas de sencillos puzzles. Trabajos para mantener en lo posible sus habilidades manuales y cognitivas en claro retroceso.

Hasta que por fin aquella tarde una actividad novedosa rompió con la rutina. Empezó como un juego que les propuso la terapeuta ocupacional: escribir una historia a partir de diez palabras que surgieron al azar. Manuel logró componer un relato con la habilidad adquirida durante muchas décadas de lecturas y escarceos literarios. Un cuento banal pero con cierto encanto. Mientras lo leía a sus compañeros a viva voz, alcanzó a escuchar una serie de «oh» y exclamaciones admirativas. Al finalizar, algo sorprendido, vislumbró tímidas sonrisas, algunos ojos brillantes y un agradecimiento general.

La semana siguiente se repitió la actividad y Manuel escribió una nueva historia. Esta vez el alborozo fue absoluto y lo sintió muy sincero. Decididos aplausos, felicitaciones,

besos y palmadas en la espalda. Definitivamente se consolidó su relato semanal, que acabó siendo un verdadero aliciente en la monotonía de la vida del grupo. Un verdadero acontecimiento que todos esperaban con ilusión. Eran historias cotidianas, vivencias de sus compañeros, anécdotas y sucesos de la residencia. También recuerdos de niñez y juventud ya perdidos. Relatos con un lenguaje sencillo, comprensible para todos, que destilaban ternura y delicadeza, que llegaban directos al corazón. Incluso se atrevió de vez en cuando con pequeños poemas que cantaban los temas universales: el amor, la nostalgia, la belleza, las flores, la vida y la muerte... y hasta se lanzó a convertir en poema el rostro, todavía bello, de una compañera de fatigas.

Siempre había creído en el poder de las palabras, pero hasta ahora había sido las de otros, ajenas. Ahora conocía el poder de las suyas. Sí, esas palabras que él todavía manejaba suficientemente, que aún conservaba en su cerebro y que conseguía plasmar en sus escritos, a veces con dificultades, en dura porfía con su memoria declinante. Palabras que la mayoría de sus compañeros habían perdido ya, o no las encontraban, hasta que él las recuperaba para ellos aunque solo fuera temporalmente, como en una especie de préstamo. Y se dedicó con fervor a esta tarea. Buceaba en la memoria de sus compañeros tratando de descubrir sus experiencias, recuperar los recuerdos que se les escapaban y ponerlos al día. Aprovechaba las visitas de los familiares para seguir indagando y rescatar acontecimientos de sus vidas, aventuras y peripecias más o menos grandes, más o menos pequeñas. Todos tenían alguna, y para todos y cada uno componía un relato. ¡Qué emoción cuando luego los leía y conseguía que se sintieran los protagonistas del guión, los héroes del cuento! Cuentos sobre aquel baile

en la plaza del pueblo, cuando ella conoció a su novio; o de aquel seiscientos, el primero de sus coches, con el que el futuro ejecutivo de ventas recorrió miles de kilómetros por las carreteras nacionales.... Escuchaban y, aunque fugazmente, recuperaban sus recuerdos. Volvían a ser plenos, con presente, futuro... y pasado. Verdaderos protagonistas de su propia vida y más acompañados, pues podían compartir sucesos y vivencias.

Cómo hubiera podido imaginar aquel viejo devorador de libros que en el ocaso de su tiempo acabaría aportando un poco de ilusión y felicidad a personas que tanto lo necesitaban. Nunca se sintió más satisfecho ni pensó en estar tan bien pagado. Un poco a broma, la terapeuta le apodó con cariño pero de manera un poco excesiva “el juglar del geriátrico”. No le gustó mucho. Prefirió el que espontáneamente le pusieron sus compañeros: Poeta. «Eh, poeta, ¿cómo estás?», «Poeta, ¿qué nos vas a contar hoy?». Poeta, Poeta... Sí, le gustó mucho más ser el poeta de la residencia.

Manuel recordaba ahora entre las brumas de su memoria aquel lejano mediodía de su niñez cuando absorto en la lectura y tratando de acabar el capítulo del libro que tenía entre manos, oía cómo su madre le reclamaba con un imperativo «¡A comer, que estamos todos en la mesa!». Se sonrió, no habían cambiado tanto las cosas. Ahora, viejo lector y escribiente aficionado, era nuevamente reclamado como en su infancia: «¡Eh, poeta!, ¿cuándo vas a contarme mi historia?» Y más que contar su historia, lo que quería la compañera o el compañero era hacerla común con el resto de residentes, para saldar cuentas con la soledad y palpar y sentir el interés, la sorpresa o la respuesta del resto, y sentirse así menos solo.

Zure karpeta urdinak

Jon Mendizabal Ituarte

Saria / Premio

EAE-n erroldaturiko pertsona nagusiak

Personas mayores empadronadas en la CAPV

Modalitatea / Modalidad: **euskera**

Egutegian, igandea agertzen da. Gorriz. Erlojuak ordu biak jo ditu eta oraindik pertsianak itxita daude. Etxea, haizeberritu gabe. –Egun bat gehiago zutaz oroitzen, emazte kuttuna... gidari malapartatu haren erruz–. Bi urte daramatza alargunak dolu gorrian, bihozminez, bizitza ilunean. –Noiz arte biziko naiz hutsune arre honetan?–, esan du ahots penatuaz Eugènek.

Biharamunean, urdinez jantzi da. –Zergatik ote?–, esan dio ozen bere buruari ispilu aurrean. Egongelan eseri da, gelari so; emaztearen karpeta urdinei begiratu die. Harridura nabaritu zaio aurpegian, –Ez nuen gogoratzen zeru kolorezkoak zirenik zure apunteak–, hitz egin dio emaztearen argazkiari.

– Itsaso, atzo, ezin izan nuen idazten jarraitu, kolore urdinak nahigabetu baininduen–, adierazi dio emazteari.

– Hala eta guztiz ere, primeran egin dut lo, zeuk oparitutako pijama urdina jantzita–, jarraitu du hizketan, –hil bezperan oparitu zenidanaz. Bart arte ez dut estrenatu–. Isilik geratu da, luzaroan. –Zenbat gau ilun ia lorik egin gabe, bakardadean–, esan dio penaturik.

– Noiz arte, emazte kuttuna?–

Gauza urdinak ukitzen hasi da. –Ez nuen uste horrenbeste genituenik–, segitu du ozen. Liburu bat hartu du, *La période bleue de Picasso*. –Hara, arrain urdina, zeuk pintatu zenidana, ahaztuta nuen!–. Balea ere aurkitu du, kolore berekoa, –Zure eskola garaian egin zenuena–. Eta objektu urdin gehiago laztandu ditu.

– Eta gure argazki-albuma...–

Bart, ez du apenas egin lo, orduak eman ditu-eta beraien argazkiak ikusten. Baina alai esnatu da.

Aldarte onez ikusi du bere burua ispilu aurrean dutxatu eta egunetako bizarra kendu ondoren. Kalera irten eta aldame-neko loradendara hurbildu da. Lore urdinak eskatu ditu hilerria eramateko. Txokatuta utzi du dendaria, koloreagatik, baina poztu egin da emakumea, –ze azken bi urteotan, Eugène, zure begiak arreak izan dira. Gaur, ordea, betiko urdin argiak dituzu–, eta era ulergarrian begiratu dio bezeroari.

– Nolatan aurkitu duzu berriz urdina?–, galdetu dio Eugène-ri dendariak:

– Malenkonia onartu dut. Errealitatea: betirako hil zait Itsaso. Eta baretasuna sentitu dut, bere bakea, neurea.

– Ongi etorri, Eugène.

.....

Soledad, mi libertad y mi miedo

José Luis Insausti Urigoitia

Saria / Premio

Nagusilaneke boluntarioak

Voluntarios de Nagusilan

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

Tengo una biblioteca interior en la que puedo encontrar muchas cosas, cuando la nostalgia, la melancolía o en la soledad, me vienen pensamientos y recuerdos que han formado parte de mi vida y las ordeno en mi memoria, he apilado en mi mente un almacén de frases y palabras con las que voy componiendo mis pequeñas historias y relatos vividos.

Con la soledad podemos hacer referencia al dolor que se siente, cuando las conexiones sociales y familiares no satisfacen las necesidades de la vida, la soledad está marcada por el poco contacto con la sociedad, lo cual puede contribuir en buena medida a la soledad no deseada, y puede ser una forma de maltrato social y de abandono hacia las personas, pero sobre todo personas mayores, y esto conlleva que sea uno de los problemas más determinantes de la salud.

¿Dónde estoy? ¿Dónde están mis hijos? ¿Será que este sufrimiento es una horrible pesadilla? No puede ser posible que sea un mal sueño, los pellizcos que me doy me duelen. ¡No! Esto es la realidad de lo que estoy viviendo. Recuerdo la última vez que compartí junto a mis niños, ellos estaban muy callados y a pesar de que les hablaba, nunca estuvie-

ron dispuestos a responderme, luego de eso no recuerdo nada más hasta que aparecí en la residencia.

Aquí no conozco a nadie, tampoco sé cuánto tiempo llevo aquí metido, pero dónde estarán los demás, parece un hospital vacío, porque tampoco veo a las enfermeras dando la vuelta. Sólo escucho algunos lamentos de personas como yo, mayores de ochenta años queriendo saber por sus hijos. Ha pasado mucho tiempo, he olvidado muchas cosas, pero lo que jamás se ha borrado de mi mente, es la cara de mis niños a ellos si que los recuerdo desde que estuvieron en el vientre de mi Antonia luego los vi crecer, les di todo mi amor y les enseñé a enfrentarse a la vida, para que no sufrieran lo que yo sufrí mientras los criaba.

Mi hija mayor desde que se casó nunca la he vuelto a ver; mis otros dos hijos varones se pasaban trabajando y sólo entraban a la casa a comer y a dormir. No se sentaban conmigo a dialogar, tal vez porque pensaban que un viejo como yo no tendría mucho que aportar. Me pregunto; ¿cómo fue que me pasaron tantos años encima? Para colmo enfermé, pero aún así me mantuve atento a que mis hijos, a pesar de que eran mayores, no pasaran necesidad.

En la soledad de mi habitación escribo todas las noches tan sólo pensando tan sólo soñando, muchas veces sintiendo y otras veces añorando, quizás triste o sonriendo. Mi soledad y yo como siempre juntos y unidos en cada segundo de mis días, tan sólo ella conoce todo de mí y me complace y orienta en mis pensamientos, muchas veces me corrige, por eso somos inseparables, porque sé que mi soledad no me abandonará jamás.

Si ellos supieran cuánta falta me hacen. No lo entiendo, si prácticamente dejé de vivir para que ellos fueran felices, mi

juventud se esfumó como polvo en el viento, dedicándole toda mi vida a que no les ocurriera nada malo yo solo sin mi Antonia. Cuando abrí mis ojos para ver la realidad, me había hecho viejo, y mis mejores años para mi desgracia ya habían pasado.

Ellos comenzaron a distanciarse de mí como si yo no les importara, hasta el punto de que se acostumbraron a dejarme solo en la casa todos los fines de semana. Me preguntaba muchas veces mientras lloraba incesantemente; ¿acaso envejecer es un delito? ¿Será que los viejos somos inservibles? Cuando enfermaba siempre lo pasaba solo, tratando de curarme con plantas y cosas que me inventaba. ¡Qué barbaridad! No sé en qué pensaban cuando me recluyeron en estas cuatro paredes.

Qué importa, ya si no los tengo a mi lado no vale la pena vivir, aquí esperaré la muerte, aunque ya estoy muerto en vida, lo más que deseo ahora es que antes de morir, pueda ver aunque sea por un segundo a cualquiera de ellos entrar por esa puerta. Ahora cerraré mis ojos para dormir, ojalá sea la última vez, y no los vuelva abrir, a menos que no sea para ver a cualquiera de mis niños.

Ese viejo es tu abuelo, tu padre, tu madre tu hermano, pronto se marchara al oscuro sepulcro más cercano, donde desearás con tristeza tomarle de la mano, entonces entenderás que ya es tarde para decirle cuánto le has amado.

Soledad que abrazas en la oscuridad mientras a la vez lloro de miedo porque no aprendí a conocerte o conociéndote no supe entenderte y me inmovilizaste en el intento de ser libre, soledad que haces oscurecer aún siendo de día, soledad que besas a muchos y no besas a nadie al mismo tiempo. Soledad mi libertad y mi miedo.

Ahatetxoa bakarrik

Lourdes Rodríguez

Saria / Premio

Nagusilaneke boluntarioak

Voluntarios de Nagusilan

Modalitatea / Modalidad: **euskara**

Denok dakigun bezala, “Ahatetxo Itsusia”ren ipuinan, ahate-amak habian jarritako arrautzen artean bazegoela bat besteak baino handiagoa zela eta, arrautza horiek txitatzen hasi zirenean, ahate-txitak hasi zirela ateratzen banan-banan: bat, bi, hiru, lau, bost; baina, seigarrenak, denbora gehiago behar izan zuen eskola puzkatzeko eta, azkenik, ahatetxo bat zeharo itsusia eta handikotea atera egin zen.

Ipuin klasiko honetan, ahatetxo gixarajo honek, iseka eta mesprezua besterik ez zituen jasotzen eta ingurukoek “Ahatetxo Itsusia” ezizenez ezagutzen zuten. Lehenengo hilabeteetan, bakarrik, isolatua eta lotsatuta bizi izan zen. Inork ez zion arretarik ematen, ikustezina izango balitz bezala. Ahatetxoak ez zuen ulertzen zergatik ez zioten jaramonik egiten, batez ere, bere amak eta anai-arrebek.

Baina, ipuin-klasikoan gertatu ez zen bezala, kontakizun honetan, ahate-amaren habian, sei arrautza zeuden, arroxak kolorekoak denak, bat izan ezik ilunagoa zela, ia-ia marroixka. Halako batean, arrautza guztiak batera, txitatzen hasi ziren eta, aldi berean, ahate txikiak jaio ziren. Gure istoriako ahatetxoa besteengandik ezberdin jaio zen: tamaina handiagoa zuen eta bere lumak beste koloretakoak ziren. Jaio eta ordu

gutxitara, ahate-txita guztiak ahate-amarekin habia utzi, ur-maeletako uretara sartu eta ilaran jarrita, elikagai bila abiatu ziren. Amaren atzetik zihoazen bost txitaren gorputzek arregris koloreko lumak zituzten, buztana beltza eta izpilitxua zuria. Ilarako azken muturruean, gure protagonista zihoan, gorputza zuri-zuria, burua marroia eta izpilitxurik gabekoa; hankak besteenak baino luzegoak zituen eta traketsa zen igeriketa egiteko. Ahatetxoa bakarrik “Ahatetxo” zen; soilik “Ahatetxo”. Sei anai-arrebatxoak pozik zeuden, elkarrekin zeudelako eta guztiak onik atera zirelako.

Ahatetxo ez zen trebea uretan mugitzeko, eta ilaran jartzen ziren aldiro, beti azkena gelditzen zen; ahate-amak sarritan itzultzen zuen burua Ahatetxo non zegoen begiratzeko eta, besteei gelditzeko esaten zien bitartean, ama Ahatetxorengana hurbiltzen zen eta mokoarekin atzetik bultzatzen zion aurrera egin zezan.

Elkartzen zirenean, pozez zorutzen jartzen ziren denak eta orduan, jolasteko uneak aprobetxatzen zuten: batak erakusten zuen nola mugitu hankak igeri egiteko, besteak, nola jarri uretan ez hondoratzeko, besteak, nola sartu burua uretan ito gabe... Ahatetxok, behin eta berriz, saiakera pila egin behar izan zuen ez zuelako lortzen ondo egiten; baina amak animatzen zuen eta Ahatetxok konfidantzaz beterik, jarraitzen zuen praktikatzen.

Apurka-apurka, gai izan zen besteen atzetik jarraitzeko distantzia gehiegi utzi gabe. Zorionez, ez ziren beti uretan egoten; sarritan, lehorrera ateratzen ziren eta han bai, Ahatetxo bai moldatzen zela oso ondo ibiltzen eta korrika egiten. Bera bihurtu zen anai-arrebentzako entrenatzailea korrika egiten trebatzeko, ezinbestekoa baitzen arineketan azkar egiten ikastea, ondoren, arrakastaz aireratzeko.

Horrela pasatzen zituzten egunak: igerian, korrikan, jolastan... Udazkena iritsi zen eta lurralde epeletara migratzeko garaia ere. Urmaelaren inguruan dena zen urduritasuna, zalaparta, zalantza... baina ahate-amak ahatetxo guztiak lasaitzen zituen bere bidaien esperientziak kontatzen.

Bidaiarako prest egon zirenean, denak batera aireratu ziren eta hegoalderantz zihoazela, beste ahate-taldeekin elkartu ziren. Ahatetxo trebatuta zegoen indarrak neurtzen kilometro pila egiteko, lurreratzen atsedena hartzeko eta uretara sartzen janari bila joateko. Bidaiaren bukaeran, ahate bakoitzak bere bizitza independientea hasi zuen eta norberaren eginkizuna bikotea bilatzea zen. Ahatetxori ez zitzaion falta ezkongairik benetan adoretua eta maitagarria zelako.

Hegoaldeko lurraldetan negua igaro ondoren, Ahatetxoak bere bikotearekin itzulerako bidaiara egin zuen. Utzitako urmael berbera itzuli ziren. Han, leku lehor eta babestua topatu zuten habia egiteko. Ahate-bikoteak habian, errututako arrautzak, txitatzen zituen bitartean, Ahatetxo, urmaelaren ingurua adi-adi behatzen egoten zen; urmaela parke handi baten erdian kokatuta baitzegoen.

Parke horretan, berdegune zabal-zabalak zeuden, mota askotako zuhaitzez hornituta eta baita lorategi ederrak ondo zainduak ere.

Arratsaldero, adineko gizon bat parkera etortzen zen eta, bakar-bakarrik, banku baten eserita egoten zen urmaelera begira begiak bustirik. Ahatetxori atentzioa eman zion eta gogora etorri zitzaion beste ipuinaren ahatetxoa; pentsatzen zuen inork ez zuela jaramonik egiten eta isolatuta bizi zela. Egunak joan eta egunak etorri, dena berdin jarraitzen zuen. Orduan, Ahatetxok ideia bat izan zuen: bere pauso finkoaz gerturatu zen gizonaren hanketeraino eta mokoka hasi zi-

tzaion. Hasieran, agureak, eskuaz uxatzen zaiatzen zen eta bankutik altxatu egin zen eta, nola Ahatetxok ez zuen askatzen eta praktetatik tiraka aritu zuen, agureak atzetik jarraitu zuen parkeko beste eremu batera. Han, Ahatetxok mokoa ireki eta agureak, ahoa bete hortz geratu zen; inoiz ikusi gabe zeukan lekua ikusi zuen: bolatokia. Han zeuden haurrak, gazteak eta pertsona nagusiak taldeetan banatutak bolotan jolasten. Ez zen denbora asko igaro batek galdetu ziola etorri berriari ea jolastu nahi zuela eta taldea aukeratzeko. Hau poza hartu zuena agureak! Hain dibertigarria eta atsegingarria izan zen boloen jolasa eta hain ondo sentitu zuen, ze hurrengo egunean, eta hurrengoetan, joan zela bolatokira, non beti topatzen zuen norbait zeinekin egon, hitz egin eta jolastu. Agureak ez zuen ahaztu Ahatetxori esker topatu zituela lagunak, eta bolatokira joaten zen bakoitzean, aurretik, Ahatetxo eta ahate-familiarekin elkartzen zen eta une dibertigarriak pasatzen zituzten urmaelaren ingurutik lasterketak egiten. Apurka-apurka, korrikaldi hauek, geroz eta jende gehiago erakartzen zituzten eta urmaelako parkea algaraz bete zen; momentu haietan nahi zuten guztientzako korrika egiteko aukera zegoen eta.

Hori guztia zor diogu Ahatetxori; Ahatetxo bakarrik baina, bakarra!

.....

Jaspi

Juan José Arbiza Berregui

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Estoy solo, no sé cómo ha ocurrido, estábamos los dos juntos en la sala de casa, me quedé amodorrado y cuando desperté ella ya no estaba a mi lado, me pareció que había soñado cosas muy extrañas, irreales. Sentía tensión, agitación a mi alrededor. La gente entraba y salía, gente completamente desconocida para mí. De vez en cuando alcanzaba a verla, triste y llorosa, cada vez más alejada de mí, rodeada de familia y amigos. Veía los rostros apenados, no había risas ni comentarios graciosos. Era un mundo en blanco y negro.

Ahora que estoy despierto siento como si siguiera dormido, me falta ella. Hoy no he bajado a la tienda, no me he despedido con un beso mientras me dice qué es lo que tengo que comprar, no he saludado a las dependientas mientras con una sonrisa me toman el pelo por lo temprano que bajo, no he hablado con el vecino de lo ocupados que estamos los jubilados, ni con el otro vecino del futbol y/o de política. Hoy no he visto a la vecina que se desmayó el otro día, para saber si ha mejorado, la pobre cayó mal y se fisuró el codo. Y lo que es más raro, no he subido a casa a contarle las nuevas a ella mientras desayuna. No es que esté solo, me siento solo. En comparación es una sensación opresora, siempre he pensado que no tendría problemas en vivir en una isla desierta, y hoy, que tengo la sensación de ser

el protagonista de “Náufrago” o “Marte”, en la más completa soledad, me siento completamente aplanado, siento el peso de la soledad, algo que me impide levantarme del sillón, algo que me impide reaccionar, echar a andar, leer el periódico, ni tan siquiera levantarme a coger una “bretona” de esas que prepara ella, que gustan a todo el mundo y que me encanta mordisquear. Echo de menos su presencia, su actividad que me hace activarme a mí mismo, y, en su ausencia, me reclino en mi butaca favorita y vuelvo a caer en esta duermevela, con la rara sensación de estar entre la gente pero sin estar con la gente, siento como si no me vieran, como si pasaran junto a mí sin reparar en mi presencia, y me siento solo, abandonado por el mundo, y cuanto más solo me siento más solo me quedo. Si no reparan en mí, igual es que no quiero que reparen en mí. Si no me ven quizá es que no quiero que me vean, quizá me encanta poder flotar entre la gente, como avispa sobre hormigas laboriosas, como nube entre montañas de piedra, espía de la vida pero sin tomar parte. Empiezo a pensar que este estado vital es maravilloso, sin más que recluirme en mis pensamientos, sin interrupciones, sólo dedicado a mí mismo.

Y así pasa el tiempo, pasan las horas y empiezan a pesar las horas. Siento que no es tan divertido el estar solo, siento que no es tan maravilloso estar a solas conmigo mismo. Siento que una gota de soledad es suficiente, pero que un mar de soledad me ahoga. Intento nadar hacia la orilla en busca de compañía pero estoy totalmente desorientado, busco la costa, un barco ... un pez, algo que me haga compañía, algo con lo que relacionarme, un espejo imperfecto donde ver una realidad distinta, un pensamiento diferente y no la monótona existencia de mi realidad solitaria. Me revuelvo en mi butaca favorita, de repente no es tan có-

moda como solía. Intento soltarme de sus brazos, pero he perdido movilidad, como si hubiera perdido la costumbre de levantarme, como si hubiera olvidado los movimientos necesarios. Me inunda una terrible ansiedad, estoy solo. Intento alcanzar la biblioteca para coger un libro de la plaga- da estantería, antaño mis mejores amigos, hoy me parecen fríos y distantes, mis ojos caen sobre un título, “Cien años de soledad”, y el frío recorre mi columna vertebral, y ese mismo espasmo, esa corriente de fría, nunca mejor dicho, realidad, parece activar mis músculos. Estoy solo, sí, pero puedo moverme, puedo recorrer la sala, salir al hall, atravesar la puerta y descender las escaleras hasta la calle. El sol otoñal calienta mi espalda, avanzo por la calle hasta la plaza, llena de vida y de gente, luminosa, cálida, pero algo no funciona, la gente pasa junto a mí sin detenerse ni un instante, sin volver la mirada. Y el frío espasmo vuelve a recorrer mi espalda. He bajado a la calle, me he incorporado a la masa ingente de personas que se apresuran de un lado a otro, ocupadas, laboriosas... Sigo solo, nadie se ocupa ni se preocupa por mí, nadie gira la cabeza en un saludo, ni siquiera por cortesía vecinal. Soy transparente, los niños corren a mi alrededor enredados en sus juegos, pero todos me esquivan inconscientemente, como motas de polvo a las que en el último momento una energía electrostática desvía de su destino, cuando parece que voy a chocar con alguien, éste desvía su rumbo en el instante de la colisión, como si percibiera el peligro, como si ondas invisibles le impulsaran a variar su ruta. Intento gritar, llamar la atención de la multitud, ni yo mismo me oigo, mi grito se apaga antes de salir de mi boca, mis gestos sólo mueven el aire, nadie me observa, nadie me ve, ni me oye. Quieto, parado entre la marea humana que inunda mi entorno, siento la verdadera soledad, la soledad que da la invisibilidad entre el gentío,

soy uno más y no soy nadie. Hundido en mi soledad me desespero, menos mal, por lo menos tengo energía para enfadarme, para correr de un lado a otro intentando hacer reaccionar a la gente a mi alrededor, es en vano, el conato de energía se va diluyendo, desaparece como la niebla al sol, y el calor de éste ya no es cálido, es sofocante, ahoga. Desesperado corro hacia casa, allí está, no huye de mí. Es mi refugio, siempre lo ha sido, el lugar donde volver tras una jornada agobiante de trabajo, el sitio donde recuperarme de una pérdida familiar. Entro en casa esperanzado, aquí todo tiende a resolverse, y en un momento todo se arreglará y volverá a su ser.

Llevo una eternidad en casa, he visitado todas las habitaciones, he abierto armarios, puertas que hace años que no abría, he descubierto recuerdos, objetos... No cambia nada, como en la calle, sigo solo. ¿Qué ha cambiado? Antes mi casa era un refugio, era un hogar, ahora se ha vuelto algo frío, y en mi situación, despiadado. Parece como si las paredes me cercaran, como si los cuadros, muebles, objetos de adorno me miraran con desprecio, como si yo no fuera nadie, como si no fuera el rey de la casa, ni siquiera un juglar. Miro el teléfono, otrora me daba pereza llamar, era ella la que mantenía el contacto con la familia y los amigos, incluso con nuestros hijos, yo siempre he preferido hablar en persona, pero ahora, cómo añoro el escuchar una voz amiga, cómo añoro las alegrías y las penas, las sonoras risas y las dubitativas palabras de los sufrientes. El teléfono se aleja, él tampoco quiere saber nada de mí, siento que no puedo utilizarlo ahora que lo necesito, cuando tantas veces lo he apartado de mí.

La soledad me abraza y me estrangula, me falta aire, me falta la vida que se escapa, parece que estoy empezando

a olvidar a vivir, parece que según el mundo me olvida yo me desvanezco, no soy capaz de recordar quién soy, mi reflejo en el espejo se vuelve borroso, mi propia existencia es puesta en duda. Estoy solo y esa falta de comunicación, de contacto, empieza a invadirme, siento una sensación de vacío en mí mismo. No es únicamente la sensación de soledad, empieza a ser una sensación de futilidad, de falta de ser. Si no soy para los demás, no soy. Necesito un contacto, necesito una presencia amiga o enemiga que me reafirme en mi ser, la soledad me empieza a borrar del mapa.

Y el timbre suena, y mi reflejo en el espejo adquiere intensidad, de repente mi casa es mi casa, acogedora, cálida, luminosa. La butaca ya no es una trampa de inmovilidad, sino un remanso de paz donde poder descansar, meditar. Descuelgo el teléfono

-Diga-

Una agradable voz me devuelve al mundo. Alguien me recuerda y me reconoce, alguien se ríe y llora conmigo, alguien me discute y me apoya. No estoy solo.

.....

Un invierno más

Maite Arrieta Beloqui

Kontakizun finalista

Relato Finalista

La tensión acumulada en la espalda hacía dolorosa cualquiera de las posiciones que adoptaba en su cama. Era una más de tantas noches insomnes de un invierno repetido, “este será el último”, había pensado en una ocasión cuando creía encontrarse fuera del alcance de cualquier deseo. Sin embargo la vida parecía seguir empeñada con ella, con la misma tenaz persistencia con la que ella había querido eludirla. Así fueron sucediéndose las estaciones, una detrás de otra, incansables ante su ventana siempre cerrada.

Volvió atrás en el tiempo. Quizás todo empezó con la muerte de Goyo. Desde entonces una losa parecía pesar en el aire de la casa. Nadie parecía notarlo. Hubiese querido acallar las voces a su alrededor, las risas. “¿Cómo era posible que siguieran comiendo, dando explicaciones, regañando a los niños..?”

Goyo la había dejado, sin previo aviso, sin despedidas, desplomándose ante sus ojos con un estertor extraño como único adiós. “Un infarto masivo”, decía el informe de la autopsia. Mientras trataba de comprender el silencio instalado en los espacios antes habitados de la casa, el mundo seguía girando y ella se había quedado varada cual ballena moribunda en una playa desierta.

Hoy, sentada junto a la ventana de una habitación extraña, contempla el baile lento y cadencioso de los arboles mecidos por el viento en un parque vecino. Le tranquiliza mirarlos, son gigantes ligeros que le miran y le invitan a volar. Le molesta cuando se abre la puerta de la habitación y la auxiliar entra con el carro y las bandejas del almuerzo. “Hoy te dejaremos comer en la habitación pero a partir de mañana te bajaremos al comedor como a todos, ya estás curada de la gripe cariño”

“¿por qué le tutea esta muchacha?” Piensa mientras asiente en silencio. “¿Quién le ha dado permiso para hacerlo, acaso no le han enseñado que a los mayores se les habla de usted”? “¿cariño?, ni siquiera es de mi familia, por qué se toma esas confianzas?” y sobre todo.” ¿por qué ha virado con brusquedad su silla y la ha sentado contra la mesa, privándola de la visión del baile de los árboles?

No sabe cuándo llegó a esta habitación y tampoco entiende por qué. Poco a poco ha ido olvidando los objetos, los muebles que formaron parte de su vida. Lo único que queda de ellos son unas cuantas imágenes enmarcadas, Goyo y ella, sus hijos y dos niños pequeños, que le llaman abuela cuando alguna vez vienen a visitarla y en nada se parecen a los dos pequeños de la fotografía. A veces ella los confunde con sus hijos, cuando eran muchachos “Tú eres Ramón, verdad”, pregunta con timidez, con miedo a equivocarse otra vez y el chico entonando con exagerada paciencia: “No abuela, Ramón es nuestro padre, tu hijo” y luego le señala la foto con los dos niños,” Yo soy Alberto, el de la derecha y el otro es Mikel, mi hermano que no ha podido venir porque tenía un examen”. Ella se queda mirando con una tierna sonrisa la fotografía .Al cabo de un rato parece volver de algún lugar lejano y susurra:” ¡Qué guapos!

Los más preciosos del mundo” Y dirigiéndose de nuevo al muchacho: “La próxima vez tráelos contigo Ramón, les echo mucho de menos” y él le responde con resignación:” Sí abuela, la próxima vez”

Hoy han venido todos a verla. Parecen muy contentos. Con entusiasmo le anuncian que van a llevarla a un restaurante a comer. Pronto será navidad y lo celebrarán de forma anticipada. En un primer momento ella atisba un rescoldo de esperanza: “¿Vamos a casa?”. Pero, no. No van a ninguna casa, sería muy complicado con la silla de ruedas y todo lo demás. No sabe muy bien qué es “todo lo demás”, pero ya no pregunta más. Una de sus nueras la envuelve en un suave chal de “lana pura” aclara, para que ella que ama las cosas de calidad, lo aprecie en su medida y salen de la habitación. Al pasar por el vestíbulo algunos residentes le saludan con un gesto. Ella les devuelve el saludo con una leve sonrisa. Piensa que algunos la envidian por este momento y aunque en el fondo de su ser siente la pena anticipada del regreso, de la separación de su familia, se aferra a este sentimiento de efímero orgullo que sabe muy bien, no está al alcance de todos ellos.

Es noche cerrada cuando llegan a la Residencia. Los días son tan cortos en invierno...

Se despiden en el vestíbulo y esperan a que una auxiliar se haga cargo de ella y la conduzca a su habitación. Desde la puerta uno de los muchachos jóvenes le envía un beso con

la punta de los dedos

-¡Feliz navidad abuela!

Y ella con un beso de vuelta.

-¡Feliz navidad Ramón!

.....

Soñé que no estabas

Nicolás Bergel García

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Siempre he sabido que ella y yo somos como dos estrellas atrapadas en una misma órbita, iluminando mutuamente nuestras noches y nuestras mañanas. Jamás me había detenido a pensar en la posibilidad de que uno de los dos se fuera antes; me parecía una idea tan distante, tan irreal. Pero, a veces, la mente tiene formas crueles de recordarnos la fragilidad de la vida y la insignificancia de nuestras promesas frente al tiempo. Hoy me encuentro atrapado en uno de esos pensamientos, uno de esos abismos que solo pueden imaginarse y que dejan huellas en el alma.

¿Qué sería de mí si ella se fuese primero? Solo pensarlo me llena de un frío que no parece tener fin. Es como si el aire perdiera su calor y la luz su significado. En un solo instante, todos los momentos felices se tornan un eco vacío y lejano, una memoria que no se puede borrar.

Cierro los ojos e intento imaginar la rutina sin su presencia. Lo primero que se me viene a la mente es el silencio. El tipo de silencio que no tiene nada de reconfortante, sino que hiere, que pesa en los oídos como un susurro oscuro que insiste en recordarte lo que falta. Ya no escucharía sus pasos ligeros en el pasillo, ni su risa cristalina cuando le cuento algo absurdo solo para verla sonreír. No más suspiros de cansancio al final de un largo día, ni conversaciones largas

bajo la luz tenue de la cocina cuando el mundo parece detenerse solo para nosotros.

Pienso en la cama vacía y el frío de las sábanas sin su cuerpo al lado. Es como si mi piel anticipara esa ausencia, como si el solo hecho de imaginarlo dejara en mí una herida abierta. ¿Cómo sería despertar cada mañana sabiendo que no está? Me imagino estirando la mano, buscando su calor, solo para encontrar un vacío que me devuelve a una realidad. Esa soledad en la cama se convertiría en mi cárcel, un recordatorio constante de lo que he perdido y que nunca volverá.

Los días se volverían interminables, una sucesión de horas en las que cada cosa en la casa tendría su rastro, un reflejo sutil de su presencia ausente. Su taza favorita, donde ella se tomaba su infusión; las mantas que siempre colocaba en el sofá, las series que veíamos juntos antes de dormir. Todos esos detalles que antes parecían triviales ahora serían como trozos de un rompecabezas que jamás se completaría, piezas que forman una imagen de alguien que ya no está.

Me aterra pensar en las tardes en las que, al regresar a casa, ya no vería su sonrisa al abrir la puerta. Esas tardes en las que el hogar estaría hueco y carente de sentido, como una estructura vacía que apenas se sostiene en pie. Porque, en realidad, ella es el corazón de nuestra casa; sin su presencia, todo se convertiría en un museo de recuerdos, en un espacio lleno de sombras.

Y luego están las noches. Esas noches que serían las más despiadadas. Me imagino sentado en la sala, con la televisión encendida solo para distraer la mente, pero sin escuchar realmente lo que dice. Pasaría horas mirando a nada,

con la mente perdida en recuerdos que arden en el pecho. Y en algún momento, la tristeza me arrastraría hacia un rincón oscuro donde el cansancio y el dolor se entrelazarían, volviéndome un náufrago de mi propia soledad.

Es irónico pensar que he pasado tanto tiempo disfrutando de su compañía, de la seguridad que me brinda, sin valorar lo que significaría perderla. He dado por hecho que siempre estará allí, como si su presencia fuera algo garantizado, algo eterno. Pero este pensamiento me recuerda cuán efímero es todo. Un día podríamos estar riendo, disfrutando de la vida, y al siguiente... no. Es una idea que duele, una de esas realidades que el corazón se niega a aceptar pero que la mente insiste en enfrentar.

Me pregunto si lograría acostumbrarme a su ausencia, si algún día el dolor se convertiría en una especie de cicatriz que me permita seguir adelante. Quizá en algún momento aprendería a vivir con el vacío, a no buscarla en cada rincón de la casa, a no esperarla en la puerta cada tarde. Pero ese tipo de consuelo me parece distante, casi imposible. La sola idea de seguir adelante sin ella es una especie de traición a todo lo que hemos compartido, a los sueños que tuvimos juntos.

Sé que, eventualmente, la vida encontraría la forma de continuar, de arrastrarme hacia adelante, aunque fuera a ras-tras. Pero, ¿con qué propósito? ¿Qué sentido tendría todo si ella ya no está para compartirlo? Las pequeñas alegrías, los logros, el día tranquilo... sin ella, todo perdería su color, se volvería gris y sin sabor. Me vería caminando por las mismas calles que recorrimos juntos, pero con la sensación de que algo irremplazable me falta.

Incluso los recuerdos, esos que hoy me traen felicidad, se

convertirían en dagas que clavan más hondo, en espejismos de una vida que ya no me pertenece. ¿Qué haría con todas esas fotos, con esos álbumes que registran cada risa, cada viaje, cada momento de complicidad? Los miraría con lágrimas en los ojos, deseando que ella estuviera allí para sacarle la mejor fotografía, Pero esas imágenes no harían más que recordarme que todo se ha ido, que solo quedan sombras de lo que una vez fue.

Y sin embargo, es en medio de este torbellino de pensamientos oscuros cuando me doy cuenta de algo. Esta tristeza, este miedo a la soledad que me invade, es el precio de haber amado. Amar a alguien con tanta intensidad implica también aceptar la posibilidad de perderlo, de vivir con la sombra de esa pérdida siempre latente. Y, aun sabiendo lo devastador que sería, no cambiaría nada de lo que hemos vivido juntos. Porque cada momento, cada segundo compartido con ella, ha sido un regalo que no merezco, una bendición que jamás habría imaginado.

Quizá esa es la enseñanza de este pensamiento sombrío: que debo valorar cada día que paso a su lado, cada sonrisa, cada abrazo, cada conversación. Porque un día, cuando menos lo espere, puede que esos recuerdos sean lo único que me quede. Por eso, aunque imaginar su ausencia me destroce, me recuerda también lo afortunado que soy al tenerla ahora.

Con este pensamiento, decido levantarme y caminar hacia donde está. La encuentro medio adormilada en el sofá y como cada noche ella espera que vaya yo a despertarla para irnos a la cama. Me siento a su lado, sin decir nada, y tomo su mano. Ella me mira, un poco sorprendida, pero sonrío. No necesito palabras para decirle lo que siento.

Solo su presencia es suficiente para calmar el abismo que el pensamiento de la soledad había abierto en mi corazón.

A veces, solo se necesita un momento de conciencia para recordar que la vida es frágil y que cada segundo es una oportunidad para amar. Porque, al final, es ese amor lo que da sentido a todo, lo que convierte los miedos en fuerza y las lágrimas en gratitud. Mientras ella esté a mi lado, no hay espacio para la soledad...

.....

Doña Rosita

Inma Díez González

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Hacía mucho frío aquella noche de Diciembre.

La lluvia golpeaba los cristales de las ventanas, como pequeños agujones clavándose en ellas.

En la vieja mecedora, Doña Rosita tejía con esmero una bufanda que ocupaba ya toda la estancia.

El tejido crecía y crecía como masa de pan en reposo.

Cada nueva vuelta se decía a si misma que esta sería la última, sin embargo era incapaz de parar, como si al hacerlo, perdiera toda esperanza, como si diera todo por perdido.

Tendría que levantarse a echar otro leño al fuego.

Empezaba a hacer frío en la estancia iluminada por una lámpara de pie cuya luz mortecina, apenas si alcanzaba para dotar de claridad a la vieja mecedora, testigo mudo de largas horas de espera, de soledades campando a sus anchas por la vieja casa, que a la muerte de sus padres heredó doña Rosita.

Una vez que el fuego estuvo avivado, regresó de nuevo a tejer, para recordar que también ella fue joven en algún pasado ya remoto.

Fue entonces cuando decidió empezar aquella bufanda.

Sus dedos eran largos y trabajaban con esmero.

Aquella casa estaba poblada de risas y ruido.

Sus sobrinos, aún de corta edad, eran los que llenaban todo con sus juegos.

Solían pasar allí los veranos y cuando regresaban a sus casas en septiembre, parecía que todo enmudeciera y la melancolía impregnara todas las paredes.

En Diciembre regresaban a pasar la Navidad y entre todos decoraban un gran árbol que cada año se encargaba de comprar el abuelo.

Fueron tiempos felices, recordó doña Rosita, con la nostalgia que ahora la acompañaba a todas partes.

Se levantó a mirar por la ventana y pudo verse a sí misma unos cuantos años atrás, en el columpio que le hizo su padre en aquél viejo sauce llorón.

Recordó el olor a dulces recién horneados por su madre en la cocina, y la lavanda perfumando las habitaciones.

Era muy peculiar el olor a cera de los suelos, brillantes y oscuros.

Pronto sería Navidad de nuevo y el frío que le producía aquella fecha hizo que se estremeciera y volviese a echar otro leño para avivar el fuego.

Sus pasos ya no eran los de antes, pensó mientras recorría el corto espacio que separaba su mecedora de la lumbre.

Volvió a coger las agujas para seguir tejiendo mientras se alimentaba de sus recuerdos.

Aquella casa la compró su padre siendo ella una niña aún. En la planta baja estaba la cocina (dominio exclusivo de su madre) y un gran salón donde se celebraban todos los acontecimientos familiares.

Casi todos los domingos llegaban visitas para compartir tiempo y charla.

En la parte de arriba, estaban las habitaciones y la pequeña sala donde ahora ella tejía sin parar, que su madre se encargaba de ordenar y limpiar con esmero.

Miró el reloj. Debería bajar a prepararse algo para cenar.

Nunca había sentido gran placer comiendo y cuando comía, lo hacía más por pura necesidad que por gusto.

Llevaba tantas horas tejiendo aquella tarde...

Las manos ya no son lo que eran...

En un momento dado, quiso comprobar cómo era ya de larga la bufanda que llevaba fabricando durante tantos años, de restos de otras labores, con todos los trozos de lana que fue encontrando en el armario donde su madre guardaba las lanas y las agujas de diferentes tamaños.

Fue estirando poco a poco por las escaleras, con mucho cuidado, el trabajo de tantos años, para descubrir que llegaba hasta el piso de abajo, que daba la vuelta por cada una de las estancias y salía por la puerta hasta el sauce llorón, hasta el columpio que un día fabricó su padre y se sentó en él, rebujada en su pasado, sintiendo los alfileres de la lluvia caer sobre su cuerpo y se abrigó con la bufanda en la que tanto trabajó esperando a quien no regresó nunca.

Dando un suspiro, decidió entrar a la casa; Tanta agua y tanto frío hacían que también lloviera en sus ojos y esa agua se mezclase con la lluvia y rodase por sus mejillas huesudas y heladas.

Tantas añoranzas le habían abierto un poco el apetito y se dispuso a entrar en la cocina.

Sacó un envase de leche que echó en un pequeño cazo para calentarla.

Después, sacó una caja de galletas y empezó a dar cuenta de su frugal cena.

Al salir de la estancia dio un traspiés y no pudo evitar la caída, golpeándose la cabeza contra el viejo aparador que compró su madre tantos años atrás.

Apenas fue consciente de que la vida se le escapaba, porque hacía demasiado tiempo que se le había escapado, tejiendo su maraña de emociones.

Allí quedó tendida doña Rosita, envuelta en la bufanda y en las soledades que la acompañaron hasta el último suspiro.

.....

Memoria

Pilar Estébanez Castrillo

Kontakizun finalista

Relato Finalista

La vejez no cae de golpe, es la compañera de viaje desde nuestro nacimiento, aunque no la veamos. Se desliza sigilosamente, hoy la primera arruga, mañana una cana más y de pronto sientes que la juventud ha quedado atrás.

No quiero saber la edad que tengo. Siempre he considerado que preguntar los años que tiene una persona es de mala educación, yo no le pregunto eso a nadie.

Una mañana, hace tiempo, cuando me peinaba miré al espejo:

– ¿Dónde está la mujer que siento que soy? –inquirí. No contestó y dejé de usarlo.

No me siento mayor, pero debo serlo porque mañana, la alcaldesa en representación del pueblo, me entregará un regalo por ser la primera centenaria del municipio. Nunca he conocido a nadie de cien años. He tenido la suerte de no morirme mientras el tiempo se ha escurrido entre los dedos de las manos.

Mi memoria, al igual que mi vida, es demasiado larga. No he olvidado nada, ni lo bueno ni lo malo. El recuerdo más doloroso el accidente que me quitó a mi marido y a mi hija. Tenía diecinueve años cuando conocí a Miguel, él había nacido en un caserío al lado de la iglesia románica de San Pedro,

lo que hoy es el centro urbano. Me enamoré enseguida, a la entrada de misa, de aquel chico alto, risueño y muy guapo. El día que mi Miguel y yo nos casamos, empezó la Guerra Civil. Salíamos de la iglesia cuando en la calle, bares y comercios la radio anunció el levantamiento del ejército del norte de África contra el gobierno de la República.

Tres años de sufrimiento, dolor y muerte. Se moría en el frente y en cualquier cuneta. Después entre penurias la vida siguió.

Miguel fue un buen padre y un gran compañero, siempre me miró como al principio. Con él se llevó lo que más quería, mi hija, una niña buena, estudiosa y alegre. El dolor de la pérdida permanece colgado en mi corazón como fuera de tiempo, acompañando a la soledad que se instaló eternamente en él.

Con los años, desaparecieron los hermanos y todos los amigos que no llegaron a viejos; la poca gente a la que se va reduciendo mi vida, me hace pensar cuando emerge la nostalgia que se me irán borrando historias al no poder hablar con paisanos de mi época, ni recordar juntos un tiempo en común. Ninguna persona de las que estén mañana presentes en el acto sabrá que en ese mismo consistorio recibí, hace una vida, de manos del alcalde de nuestro municipio otro premio. Estaba en mi último año de escuela, y gané el concurso de redacción convocado por el ayuntamiento como colofón de final de curso. Todos los alumnos de la villa participamos y el recuerdo alegre de la gran fiesta con música y baile en la plaza uno a uno se lo han ido llevando.

En la celebración de mañana, la ausencia de mi único familiar empañará mi alegría. Solo la tengo a ella, bueno y a Luisi que me cuida con esmero. Uxue, mi sobrina nieta, es

una joven activista, guerrera como sus antepasados, que lucha por los desfavorecidos. Está detenida con otros españoles en Lesbos por realizar una misión de rescate. Todos los días, al atardecer, sentada en la galería viendo apagarse el sol, espero el calor de sus abrazos, la echo de menos y, a la vez, me siento orgullosa de ella; pienso si seré la culpable de su personalidad por contarle historias de la guerra: la familia deshecha, unos muertos en el frente, y todos los demás, migrantes refugiados en Francia o en América.

En la tibia duermevela que con retazos del pasado acompaña mi soledad, oigo risas y gritos de alegría de Luisi que se extienden por la casa. Desde la puerta de mi cuarto, la cara dulce de Uxue borra la tristeza de mis ojos y sus abrazos.

.....

Hotel Terminus

Juan Enrique García Gómez

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Mi hijo detuvo el coche frente al hotel, cogió mi bolsa y apresurados nos dirigimos a la recepción. Una joven eligió una llave del casillero y nos invitó a seguirla. Montamos en el ascensor hasta la cuarta planta; a través de una escalera disimulada, nos condujo hasta la quinta. Esta parecía abandonada. Los techos eran bajos, la pintura descuidada y la moqueta del pasillo desgastada. Entramos en una habitación. Con una sonrisa, la joven nos entregó la llave y se despidió de nosotros. Mi hijo dejó la bolsa encima de una silla, y en un rápido discurso, dijo que había contratado la pensión completa, que el hotel era muy cómodo, que tenían experiencia en alojar a personas mayores, que se preocuparían de mi medicación y que en aquella habitación estaría muy bien. También me recordó lo importante que era para mí la independencia, y que allí podría ser muy independiente. Después de una exclamación sobre el coche en doble fila, marchó.

El hotel era viejo y la habitación pequeña y sombría. El mobiliario se componía de una cama con cabecero de hierro, una mesilla, un armario, una silla y un lavabo provisto de una pequeña balda de cristal y un espejo. Como toda decoración, un cuadro con la estampa de un paisaje alpino. Había tres lámparas: en el techo, en la mesilla y encima del espejo del lavabo, de las tres, solo funcionaba la del techo.

Frente a la puerta, una ventana daba a un patio; al abrirla, solo vi la pared ciega de un alto edificio industrial. El suelo del patio lo compartían la trasera de un taller mecánico y la de una hamburguesería; en uno de los lados, se amontonaban unas estructuras metálicas ya oxidadas y en el otro, cubos de basura por entre los que rondaban los gatos. Acomodé mi ropa en el armario y los zapatos en una balda forrada con una hoja de periódico. Olía a cera y a papel viejo.

Estaba cansado. Calculé que serían las tres de la tarde, me tumbé vestido en la cama y a pesar del ruido que provenía del taller mecánico, me dormí.

Al despertar, la habitación estaba a oscuras. De alguna parte llegaba el sonido de una televisión. Una línea de luz se filtraba bajo la puerta. Poco a poco mis ojos fueron acostumbrándose a la penumbra y distinguí mi bolsa sobre la silla, el armario abierto y mi gabardina a los pies de la cama, todo, justo donde lo había dejado al entrar; no mire más, no tenía más, y estaba solo. Quieto, sin fuerzas para levantarme, encogido sobre la cama, me cubrí con la gabardina y con la cabeza bajo ella, cerré los ojos.

Amanecía. Entre sueños comencé a oír los ruidos del taller y confundido entre ellos unos golpes repetidos en cortos intervalos; me costó entender que llamaban a la puerta. Al abrirla, encontré a la joven que ayer sonreía, y ahora sin sonreír, me comunicó las condiciones de mi estancia: el reglamento del hotel y algunas advertencias de las que solo se me quedó: que el baño estaba en el pasillo, el comedor en la primera planta y que no podía fumar en la cama ni en la habitación. Me entregó una pequeña toalla y se marchó.

Localicé el baño, era pequeño. Por un ventanuco estrecho entraba una luz muy intensa que se reflejaba en las baldos-

sas blancas de las paredes. Todo en la estancia era anticuado, no había sido usado en mucho tiempo, los grifos no cerraban bien y goteaban. La bañera era grande, desportillada, solo funcionaba el grifo de agua fría. Un olor rancio a orines y lejía persistía en el ambiente. Al salir del baño, no recordé por dónde volver a mi habitación. Decidí tomar el pasillo de la derecha; pronto llegué a mi cuarto, y comprendí que el pasillo recorría toda la planta de una manera circular; siempre se volvía al mismo sitio. Conté doce habitaciones en total. Excepto la mía, todas estaban abiertas, se usaban para guardar enseres y como secaderos de sábanas y manteles del hotel. La última del pasillo, la número 12, estaba llena de objetos inservibles.

El desayuno, café con leche, pan, galletas y una pequeña pastilla de mantequilla lo sirvieron en una mesita preparada en el comedor. Allí, unos camareros juntaban mesas con estrépito, componiendo una muy grande, dijeron que era para la celebración de una boda.

La habitación fue quedándose en silencio, solo se oía el rumor de la boda que se celebraba cuatro pisos más abajo. Sin ánimo para bajar al comedor, comencé a ponerme el pijama; oí que llamaban a la puerta, colocándome la gabardina por encima, abrí. Un camarero con cara de niño portaba una bandeja con langostinos y un trozo de tarta. Sonriendo dijo: hoy, cena especial.

Unos días más tarde, al volver del baño me detuve frente a la puerta de la habitación número 12, la de los trastos olvidados, no vi a nadie en el pasillo, decidí entrar. Estaba abarrotada de objetos apilados que llegaban hasta el techo: sillas a las que les faltaban una pata o tenían roto el mimbre del asiento, maletas viejas, hatillos de ropa, jarrones, lám-

paras, libros, juguetes y otras muchas piezas deterioradas. Entre toda la barahúnda de cosas inútiles, destacaba un gran cartel con la pintura descolorida y la palabra “Salida”. Atravesando el desbarajuste, llegué hasta las puertas de un balcón, de madera reseca, tenían la pintura deslustrada y los cristales empañados por una pátina de suciedad. Atascadas por la herrumbre, me costó abrirlas. Al salir al exterior, vi una plaza pequeña, tan solo unos bancos, una fuente, varias farolas y un solo árbol en su centro. Estaba silenciosa y plácida. El sol de poniente irradiaba una triste luz dorada que tintaba de naranja las hojas del árbol solitario. Respiré el frescor de la tarde, y en el sosiego de aquel instante, una leve brisa me estremeció, despertó emociones que fui incapaz de reconocer. Aturdido, sentado en una silla, y vuelto hacia el crepúsculo, permanecí allí hasta la llegada de la noche.

Al día siguiente, por un impulso inevitable, regresé a la habitación de los trastos olvidados, y volví a sentarme en el balcón a observar la plaza. Las pocas personas que la atravesaban iban muy abrigadas y caminaban ligeras por el frío; el empedrado estaba mojado y entre los adoquines, pequeños charcos congelados brillaban con la luz las farolas. Dos monjas envueltas en bufandas negras, llevaban una cesta cubierta con un paño blanco. Entraban en un convento, que había en uno de los laterales de la plaza; era un caserón de muros de piedra donde crecían musgo y hierbas de un verde oscuro. Una nube plomiza oscureció la escena. Sentí un estremecimiento y me envolví en la gabardina. Al lado de la fuente, un hombre joven, vestido con lo que me pareció mi abrigo nuevo, esperaba impaciente con las manos en los bolsillos, daba saltitos para entrar en calor. Su novia, con la bufanda roja que yo le regalé, llegó hasta él y se abrazaron.

Día de colada. Dos mujeres, entre charlas y risas, han tendido cuerdas en las paredes de las habitaciones del pasillo y han colgado toallas, y ropa de cama a secar. Atravesé el bosque de sábanas que se mecían y regresé al balcón que daba a la plaza. El tilo del centro dejaba caer sus pequeños frutos maduros y desprendía un suave y dulce olor. Evocaba a las hortensias que flanqueaban el camino de la casa de mi tía Marina. Eso sí lo recordaba bien: el ruido de los neumáticos del coche al rodar por la gravilla, a los tíos saliendo de la casa a recibirnos y a mis primas corriendo desde la playa.

Durante la comida me prometieron una sorpresa para la tarde. Tras dos horas de curiosidad y un poco de ansiedad, me entregaron la sorpresa: un modelo a escala de un avión, un “Morane- Savinier 136” perfectamente acabado, al que le faltaba tan solo pintar las insignias en las alas. Más tarde, mientras mi padre y la tía tomaban café sentados en el jardín, mi tío me ayudó a pintarlas. Por la noche, colgué el avión con un hilo muy fino del techo de mi habitación. Desde la cama podía oír el ruido ronco del motor y ver cómo giraba sobre su eje.

La joven que ya no sonreía tocó la puerta, al abrirla me entregó dos toallas limpias, sin decir nada, se llevó las dos que estaban colgadas, y se quejó de lo sucias que estaban.

Oí la campana del convento, sonaba como una llamada y con precaución para no ser visto, volví a la habitación de los trastos olvidados. En la plaza, el viento hacía bailar las hojas del árbol solitario, volteándolas y mostrando alternativamente su envés verde claro. El cielo brillante resaltaba los colores. Se oían los gritos de los niños jugando a la pelota; habían hecho una portería con las carteras y los libros de la

escuela. Reconocí al portero: era mi hijo mayor. Mi mujer acunaba al pequeño, que dormitaba en el cochecito. Me senté en el banco junto a ella. Enseguida notó mi expresión de satisfacción, no esperé para darle la noticia: me habían contratado en la Empresa de Ferrocarriles Estatales. Cogidos de la mano, miramos cómo el mayor paraba con apuros un gol.

La visita de mi hijo fue corta, ha estado discutiendo, casi todo el tiempo, con la joven del hotel, ella se quejaba de un montón de cosas y mi hijo también de otras; creo que de dinero y de que yo estaba adelgazando. Mientras hablaba, me fijé que empezaba a quedarse calvo por la coronilla.

Por fin se marcharon y logré escabullirme. La plaza estaba silenciosa, nevaba con fuerza. Allí encontré a mi amigo Gregorio; llevaba sus guantes de lana verde: No teníamos frío y empezamos a jugar atrapando los copos que caían lentamente. Habían retirado la nieve formando un pasillo que atravesaba la plaza; los montones a ambos lados ya eran más altos que nosotros. Tal vez no era Gregorio, confundía las cosas, pero sí recordaba que eran dos paredes heladas entre las cuales la locomotora marchaba resoplando. Yo estaba muerto de frío, pero me abrasaba el rostro cada vez que abría la caldera y echaba carbón. Habíamos gastado casi toda la arena y las ruedas seguían resbalando por los raíles; todavía nos quedaba un buen trecho hasta el final del puerto. El farol de la máquina iluminaba los copos y no conseguíamos ver más allá. Mi compañero sacaba la cabeza de la cabina para intentar distinguir las señales y cuando la volvía a meter, tenía todo el cabello blanco de nieve que contrastaba con la cara negra del carbón

En el hotel, prefieren que no baje al comedor. La chica que nunca sonríe subió una bandeja de comida: una sopa que

hubiese estado buena si hubiera estado caliente, un trozo de pescado y un flan. También trajo una de las pastillas, la guardé junto a las otras. No sé cuándo habrán retirado la bandeja, yo ya había marchado, como cada día, con una rutina ineludible.

Olvidé que no podía, pero había bajado para cenar. El comedor estaba lleno; creo que celebraban algo porque un pequeño grupo de músicos tocaba una melodía alegre. Sobre el pijama llevaba puesta la gabardina, y los zapatos sin calcetines. Dos camareros me subieron a rastras hasta mi cama. Dijeron cosas sobre mí que no entendí, pero les contesté: que yo no olía mal y que solo orinaba en el lavabo de mi cuarto cuando estaba enfermo. Como no marchaban, tuve que tomarme la pastilla con un vaso de agua.

Otro día trajeron refuerzos, entre ellos, un médico con gafas, que se las quitaba y ponía muchas veces, y hablaba y hablaba. Decían que me habían encontrado desvanecido y medio congelado en la habitación de los trastos olvidados. Por primera vez, vi una mirada amable en la chica que nunca sonrío, incluso me arropó en la cama. También escuché una conversación inquietante: pensaban encerrarme en mi cuarto. Esa posibilidad me horrorizó, decidí que tenía que huir. Al quedarme solo, actué deprisa. Las pastillas me retrasaban un poco y debía pensar las cosas dos veces. Me vestí con el traje azul, el cinturón me quedaba flojo y el pantalón se me caía, así que lo sujeté con la corbata de rayas. Al sacar los zapatos del armario vi que estaban sucios, pero pensé que siempre era mejor llevar zapatos que aparecer descalzo, tuve la precaución de meterme las perneras de los pantalones por dentro de los calcetines, luego me abroché bien la gabardina. Un viejo cómplice me sonreía desde el espejo del lavabo.

Al llegar a la habitación de los trastos olvidados, sentí que aquellos objetos apilados me evocaban algo, eran familiares, todos se congregaban allí para contarme historias, abrumado, marché rápido hacia la plaza.

Allí se encontraba mi avión. La pintura de las insignias de las alas todavía no se había secado; recordé que fue el tío quien me ayudó a pintarlas. “Quiero ser aviador” les dije. Mi padre y mis tíos rieron. También mi amigo Gregorio: “tú serás ferroviario como tu padre”.

El avión volaba sobre la ciudad. El aire en el rostro me despejaba y deshacía la niebla de mi mente. Pensaba con facilidad, entendía todo y todo recordaba. El día iba clareando. Sin tocar los mandos tomé la dirección del mar, mis tíos y mis primas me saludaban desde la orilla. El motor ya no se oía, parecía que el avión iba impulsado tan solo por el viento. La luz era cada vez más intensa, el espacio cada vez más inmenso, y las esferas luminosas cada vez más brillantes.

.....

Por tu ausencia

M^a Nieves Gómez González

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Hace un rato largo que estás ahí mirándome. Te conozco y sé que intentas decirme algo pero por favor, no me riñas, no lo soportaría. Para ser sincero tampoco creo haber hecho nada malo. De hecho, yo lo llamo, sobrevivir.

Quizás te inquieta la manera que tengo de pasar las tardes. Esas en las que la soledad me ahoga en casa y en la calle aparece el frío. Hace días que siento la humedad del Otoño en los huesos, y solo busco un poco de calor.

Si lo miras bien, hasta deberías sentirte responsable por haberme dejado, y sin embargo, yo no te digo nada, aunque te confieso que muchas veces tengo ganas de gritar. No te alarmes, que no es para tanto, aunque así dicho puede sonar fuerte.

Si quieres, te explico cómo lo hago, pues poco a poco he ido perfeccionando la técnica con pequeños trucos: elijo un Centro de Salud donde sea muy difícil que alguien pueda conocerme, me siento en un rincón al fondo de la sala, y la falta de personal que predomina en ellos, me ayuda a pasar desapercibido. Si alguna vez se fijan en mí al pasar y me preguntan por la hora de mi cita, rápidamente contesto que ya pasó y solo espero por mi hija que enseguida vendrá a buscarme. Es una mentira piadosa y doble: ellos no saben que no tengo cita, y mucho menos que no tengo hija.

Y vuelvo a ser transparente, uno menos que atender, respiran tranquilos y se olvidan de mí. Me relajo entonces, tanto que más de un día he echado una cabezadita.

No, no es lo mismo que estar en casa, en eso tienes razón, pero es que desde que no estás tampoco la casa es la que era, y siento que si no escapo, cualquier día desapareceré en ella.

Mira, confesarte esto sí me produce tristeza.

Hay habitaciones en las que no he vuelto a entrar. De hecho, no ha entrado nadie desde que dejaste de hacerlo tú. Ya no se suben persianas, ni se abren ventanas. Tampoco se ventila, ni se limpia.

Sin embargo, yo te recuerdo abriendo y cerrando cajones, colocando saquitos perfumados en los armarios, colgando cuadros o cambiando de sitio los que ya estaban puestos. ¡Cómo te gustaba que entrara el aire y el sol! Eras feliz con la casa en orden, con tus lucecitas en el balcón, estrellas en tu propio cielo, y con las plantas en el patio, tu pequeño bosque de aromas. No he vuelto a mirarlas ni a cuidarlas, pero soy consciente, aún sin verlas que se han apagado unas y otras.

¿Que por qué lo sé? Es fácil: yo también me estoy apagando.

Ceno en el sofá y muchas noches duermo en la cocina, apoyado en la mesa, sin ganas de dirigir mis pasos hacia nuestra habitación.

Allí todavía es más palpable tu ausencia.

¿Por qué compramos esa cama tan grande? Debería haber sido más pequeña. Dormir bien pegados, notar tu respiración, tu sueño o tu desvelo. Siento que he desperdiciado

muchos momentos por no ser consciente de lo frágil que es el hilo que nos conecta con la vida y lo fácil que se quiebra.

Tampoco solía fijarme en tu ropa. No sabía que tuvieras tanta, tan colorida, tan bonita. Toda, sigue en el armario como la dejaste. Soy incapaz de sacarla de allí, de regalarla, de tirarla. Al hacerlo sentiría que te estoy negando, que quiero olvidarte. No lo voy a hacer, no intentes pedírmelo.

Aunque ya no sé si creer las mentiras que me cuenta mi memoria, ¿sabes de qué me acordé hace unos días? De nuestro viaje a Roma, tan ilusionados por lo que pensamos eran antojos de embarazada. ¿Lo recuerdas? Solo querías tomar pasta. Pasta para comer y pasta para cenar. Y cuanto más comías tú, menos me apetecía a mí.

Te vi llorar con risas y reír con lágrimas, queriendo mantener la serenidad, al comprobar que aquella vez tampoco había embarazo, pero tu antojo de pasta perduró en el tiempo, sin lograr que yo me contagiara de él.

Ahora que no estás, me mantengo a spaghetti. Encontré varios paquetes en el armario de la cocina, y ya ves, quizás un poco tarde, pero por fin te he hecho caso. No sé calcular el tiempo de cocción, da igual, luego les baño en abundante tomate, y listo. Sí, lo sé, simplifico mucho tus recetas. No soy un cocinero aventajado como tú. Seguro que te reirías al verme.

Tu risa. ¡Cuánto daría por escucharla de nuevo! Nunca te lo confesé pero me enamoré de ti, por ella. Fue la primera tarde que al volver del trabajo, te vi en aquella librería, rodeada de tus compañeras de clase. Llevaba ya un rato haciendo que leía, cuando escuché una risa contenida de mujer, que destacaba entre los susurros que eran habituales en aquel pequeño negocio de barrio. Busqué a su dueña, y te

encontré. Lo curioso es que tú ya me estabas mirando.

Qué fácil fue todo, contigo siempre ha sido todo muy fácil. Es por eso que ahora sin ti, todo es difícil, tristemente difícil.

Estoy enfermo, cariño. Enfermo de soledad.

No es que en mis ratos perdidos en las salas de espera del Ambulatorio haya aprendido a diagnosticar enfermedades, no. Es que tu ausencia se hace presencia en forma de dolor físico, y me debilita y me apaga. Los síntomas son variados: padezco de insomnio, enfadado con el sueño que no me deja soñarte, y mi boca, árida por no poder hablarte, se guarda palabras y pronuncia suspiros. Mis manos tiemblan de miedo, cansadas de buscar sin encontrar las tuyas, y mis pobres ojos, perdieron la luz y apenas distinguen sombras.

Dime. ¿Qué hago con todo el amor que aún tengo para darte? ¿Dónde lo pongo para que no me duela y me estalle dentro?

Hemos visto morir a buena parte de nuestros amigos. Les despedimos y lloramos. Qué afortunados nos sentíamos, al ver la muerte pasar cerca, pero siempre en dirección opuesta a nuestra casa. No éramos conscientes, que cualquier día amanecería sentada en nuestra puerta.

Lo hablamos varias veces en aquellas noches de verano, en la terraza, con nuestra copita de vino, o un helado, creyéndonos más fuertes que ella. Y pensando que podríamos elegir, como si fuera tan sencillo, decidimos entonces que nos iríamos juntos. Porque ya no éramos dos, sino uno con dos cuerpos, uno con dos corazones latiendo al mismo ritmo. ¿Y quién es capaz de seguir cuando le quitan una mitad?

Siento que ya no vivo, que sólo dejo pasar los días, conver-

tido en mero espectador de mi propia vida.

La primera semana después de irte, sonó varias veces el timbre de la puerta.

No me moví de la silla. Creo que dejé de respirar por si pudieran oírme desde fuera y saber así que estaba en casa. Pero en unos días, enmudeció para siempre.

La correspondencia sigue acumulada en el buzón. Solo facturas y propaganda. Y Adela, que tanta compañía te hizo los últimos meses que pasaste en la cama y se convirtió en tus manos, con la limpieza y con la cocina cuando tú no podías y yo no era capaz de pensar en otra cosa que no fueras tú, dejó de venir sin previo aviso. Seguro tiene un nuevo trabajo. No la culpo, en el fondo hasta le estoy agradecido.

Ayer me hice un corte pequeño en la mano, ya te he dicho que últimamente tiemblan de ausencia, y fui a buscar sin éxito una tirita . Encontré a cambio, varias cajas con restos de tus medicinas y enfadado las tiré al suelo. A veces pienso que fueron ellas las que te robaron la poca salud que te quedó después de las interminables sesiones de quimioterapia.

Y fue ahí cuando empecé a ver una luz de esperanza. Recogí una a una las cajas que un momento antes había lanzado por el aire y lo tuve claro: sería a mí a quien finalmente le prestarían toda la ayuda que no te dieron a ti.

No sé si has visto en la mesa de la cocina una bandejita llena de pastillas de todos los colores. La he puesto yo. De hecho, si no hubieras aparecido, ya me las habría tomado, pero tenía tantas ganas de hablar contigo, que me he olvidado de ellas por completo.

No, no pongas esa cara, sabes que cualquier gesto tuyo

siempre ha sido suficiente para convencerme y llevarme a tu terreno. No cambies de conversación, sé que algo quieres conseguir con ello.

¿Por qué me tomas de la mano? Qué bien se siente, aunque no sepa dónde me llevas. Ya veo, quieres que suba la persiana y corra la cortina, y deje entrar el sol que nos regala la mañana. Bien, lo voy a hacer, pero no me sueltes.

¿Y ahora? Tienes razón, hace días que no me baño, ni me quito el pijama, qué pensarás de mí, tú que siempre querías verme guapo. Te prometo que lo hago si me ayudas a escoger la ropa y esperas a que salga del baño, no quiero que te vayas.

¿Por qué me empujas hacia la cocina? Creo que lo sé, te molesta ver esas pastillas encima de la mesa. No, no llores, todo lo que quiero es seguir haciéndote feliz. ¿Cómo crees que puedo sentirme si te veo llorar? Ya están en la basura, ¿lo ves? Déjame secarte las lágrimas.

Sintiendo aún la humedad de sus ojos en la punta de los dedos, vuelve a la realidad. No sabría distinguir si ha sido un sueño, o fruto de su imaginación, pero sabe que ella ha estado allí, e incluso sabe por qué ha elegido este día para presentarse.

Se incorpora del sofá en el que siente haber estado atrapado, y abre las ventanas, dejando que la luz vaya venciendo a las sombras. Qué buena sensación la del sol en su casa y en su cara. Lo siguiente es el aseo, y al pasar por la cocina en dirección al baño, se acuerda de la bandeja que dejó encima de la mesa. Sin pensarlo tira todo el contenido a la basura. ¡Qué locura ha estado a punto de cometer! Ha sido muy egoísta pensando solo en él.

-Menos mal que te tengo conmigo-dice en voz alta.

Porque ella sigue estando. No se ha ido, tal como había creído.

Él que no pudo salvarla, sabe que acaba de ser rescatado por ella.

Suena el timbre de la puerta, y esta vez no contiene la respiración. La silueta que se vislumbra a través de los cristales biselados le resulta familiar.

- He visto las ventanas abiertas y he pensado en pasar a saludarte -le dice una voz amiga.

- Iba a darme un baño. Si no te importa esperar, igual hasta me animo a dar una vuelta-contesta. Sabe que no le resultará fácil, pero también que ha de poner de su parte.

Al final del pasillo, una silueta con formas de mujer le sonríe. Cómo no reconocerla si lo primero que le enamoró de ella fue su sonrisa

.....

La llave

Emiliana González Maestro

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Se alegraba de que por fin empezara a llover, le gustaban los días de lluvia y ese otoño había sido seco. Miraba por la ventana de la cocina, el cristal estaba algo empañado y las gotas resbalaban lentas por la parte de la calle. Tenía la cabeza apoyada en el cristal y sentía su frescor, era una sensación agradable. El verde de las huertas de enfrente refulgía, el monte, más lejos lucía casi gris.

Pensó que a sus plantas les vendría bien esa lluvia suave y fue al balcón del otro lado de la casa desde el que, a través de los tejados jalonados de antenas, podía ver el mar. No había tenido plantas hasta que enviudó, pronto haría tres años, no porque no le gustaran sino por pereza o por dejadez. Un día vio en una película que una anciana colocaba unos geranios en la casa de su hija, era una casa pobre, desordenada, triste y le impresionó el cambio, el rojo y el verde de esas plantas tan simples llenaban la estancia de luz. Por qué no, pensó.

Dos pisos más abajo, en el segundo vivían Miren y Pedro, ellos siempre habían tenido un balcón colorido lleno de plantas que cuidaban con esmero, ella siempre había sentido envidia. Se conocían desde hacía muchos años, cuando fueron a vivir a ese bloque de viviendas recién construido y eran todos jóvenes y estaban atareados con la crianza de

sus respectivos hijos y los trabajos de cada uno. Los hijos de Miren y Pedro hacía tiempo que no estaban en la casa, aunque la chica vivía en el pueblo y se acercaba de vez en cuando a ver a sus padres. Su propio hijo vivía en la capital a más de cuatro horas de coche, un día de éstos tendría que hacerle una visita.

Poco tiempo después de morir su marido fue a casa de sus vecinos a buscar esquejes. Le dieron varios de geranios de distintos colores, alguno de alegrías y hasta una hortensia. Ella compró tierra, una regadera verde, macetas, una bonita jardinera de cerámica y un pequeño estuche con herramientas y unos guantes.

Buscó en su ordenador varias páginas de horticultura y en unos días tuvo su balcón sembrado. Desde entonces le habían dado muchas alegrías, aunque no se había librado de lidiar con varias plagas: pulgones, cochinillas, mosca blanca, oídio, aprendió palabras que nunca había oído y le gustaban. Lo cierto es que pasaba muchas horas con sus plantas, incluso hablaba con ellas y les ponía música que era algo de lo que se hubiera reído unos años atrás.

Ahora Pedro también se había quedado solo. Cada vez había menos gente en el portal de los que habían ido a vivir al principio y cada vez más casas tenían inquilinos jóvenes incluso con niños que ella apenas conocía.

Cuando sonaba el timbre: uno, dos, tres toques, ella ya conocía el “santo y seña”. Un día Pedro le pedía la receta de la carne estofada, otro consejo para planchar la camisa azul que quería ponerse el domingo, otro pasaban un rato en el balcón discutiendo cómo podrían acabar con la cochinilla que había infectado la dipladenia trepadora que le había regalado él por su cumpleaños. A veces hablaban de los

hijos, de cómo le iba a cada uno. Pedro ya tenía dos nietos, ella aún ninguno, aunque nunca le había preocupado mucho eso, le fastidiaba la insistencia de sus amigas en preguntar cuando se juntaban los sábados.

A veces, sobre todo los días más fríos y oscuros, a media tarde, Pedro venía con dos pasteles de arroz que eran sus preferidos o con un bizcocho que él mismo había hecho y ella ponía un café suave, no fuera a quitarles el sueño.

Le gustaba saber que dos pisos más abajo había alguien a quien ella podía llamar si necesitaba una manzanilla o estaba tan acatarrada que no era capaz de levantarse de la cama. La salud sí que era algo que la angustiaba, se acordaba de cuando a Miren le dio el ictus, menos mal que estaba Pedro en casa.

No es que no echara de menos a su marido, podría decir que no había vivido un amor apasionado, o acaso sí al principio, pero se habían entendido bien como decía su familia, con sus más y sus menos a lo largo de los más de cincuenta años que habían pasado juntos. La memoria era una buena amiga y guardaba bien sobre todo los recuerdos agradables.

Ahora que le sobraba espacio en casa había acondicionado una habitación para ella: unas estanterías con sus libros preferidos, había tenido que colocar muchos otros en cajas de cartón y llevarlos al trastero, una mesa de nogal de la que se enamoró en una tienda de antigüedades con la parte de encima tapizada de una tela floreada que le llevó meses lijar y reparar, un sillón orejero de color lila, la pared de un lado con un papel de mariposas que alegraban la estancia y una gruesa alfombra de lana azul para poder andar descalza.

Nunca había vivido sola hasta que su marido murió, tuvo que tomar pastillas para dormir, necesitó reinventar cómo pasar el tiempo, volvió a tejer chales a ganchillo para regalar mientras escuchaba la radio o esa lista con música que le había confeccionado su hijo en una aplicación del móvil donde podía elegir a su gusto, la lectura que no había abandonado nunca e incluso comenzó escribir pequeños textos con los que disfrutaba y que no se atrevía a compartir, sólo se los leía a Pedro en esas tardes que pasaban juntos.

Llegó la Navidad casi sin enterarse, nunca le habían gustado mucho las celebraciones por obligación, a lo mejor cuando su hijo era pequeño las había vivido con cierta ilusión, ahora disfrutaba más con la tranquilidad. Su hijo y su nuera vinieron para Noche Buena y ella se esmeró en la cocina, hacía mucho tiempo que no preparaba una buena sopa de pescado con rape, como hacían antes, fueron unos días buenos de conversaciones y paseos.

Le insistieron casi cada día para que fuera a recibir el Año Nuevo a la capital con ellos, pero se mantuvo firme, ella se iba a quedar en casa. ¿Sola? le preguntaron. No, con Pedro. Le hicieron gracia sus caras de asombro.

Fue pasando tranquilo el invierno, Pedro subía a su casa casi todas las tardes, la merienda se convirtió en rutina, a ella le sorprendía lo a gusto que parecían sentirse los dos incluso en silencio.

Fue un día del inicio de la primavera, ella estaba mirando por la ventana de la cocina otra vez después de la lluvia, aspirando el intenso olor a petricor cuando Pedro le dijo que por qué no subía él a vivir al cuarto piso o si lo prefería podía ella bajar a hacerlo al segundo.

Ella fue al cajón del aparador, sacó un llavero de cuero ver-

de del que colgaba la llave de casa y la puso en sus manos con cuidado, como si fuera un regalo delicado: Podrás venir siempre que quieras, Pedro -le dijo- pero yo quiero vivir así, sola.

.....

Lagundu

Juan José Arbiza Berregui

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Itsasoari begira, zer dezaket desira, bakarrik nago...

Jendetzak inguratzen nau, eta hala ere, bakarrik nago, itsasontzi bakarti baten antzera, olatuz inguratuta, baina bakarrik. Garai batean itsasontzi ederra. Itsaso lasai batean nabigatzen, olatuak begiratu gabe, beti aurrera, txalupa txikien gainetik pasatuz, beste itsasontziak nere bidetik alden-
duz, kupidarik gabe bultzatuz.

Gero, nire abiadura gutxitu egin zen, motorrak tarteka huts eginez, baina aurrera jarraitzen nuenez kasorik ez abiadu-
ran jaitsierari, beste itsasontzien laguntza ukatuz, harroke-
riaz beteta. Porte hori zuen itsasontzi batek ez zuen lagun-
tzarik behar.

Eta horrela, poliki-poliki, itsasontzia flotatik urruntzen joan zen, ur ezezagunetan sartuz. Pixkanaka-pixkanaka, ekai-
tzek astindurik, denboraren joanaren higadura eta itsas kolpeekin, ontzia distira galtzen joan zen, zahartu egin zen. Garai baten inguratzen zienak aspaldi urrunduta, ez ziren gerturatzen, eta ontzi berriak, harroak, baztertu egin ninduten, nik garai baten apartatzen nituen bezela, gaur ni apartatuz.

Zer dezaket desira? Lagunak, itsasoa hain zabala da, lagun-

tasuna behar dudala igarotzeko, jakiteko non nagoen, nora noan. Horrelako zabaltasunen aurrean, txikia bihurtzen zara eta laguntzarik gabe, lagunik gabe, isilmandataririk gabe, izugarrikeria hori amaigabeko amaigabea bihurtzen da, bakardade amaigabea, hainbeste pisatzen duena, non itsasontziak ezin baitu jasan, eta ezinbestean hondoratzen da, ur azpian etsipenaren infinitua are handiagoa dela aurkitzeko. Bakardadeak bi dimentsio hartzen bazituen, etsipenak hiru betetzen ditu eta garai bateko ur lasaiak, orain zurrunbiloa bihurtzen dira, errukirik gabe hondora eramaten zaituen zurrunbiloa, erremediorik gabe itotzen zaren bitartean.

Abestiak aurrera jarraitzen du, “bakarrik nago ta nik behar zaitut”. Hori bai egia, zu gabe ito egingo naiz, zu gabe ondoratu egingo naiz, zu gabe “ez naiz”. Eta denbora gutxi daukat, ez eduki zalantzarik... Lagundu, mesedez!

.....

Itxaropena

Yolanda Burgoa Zenarruzabeitia

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Nire 9 urteko bilobari galdetu nion ea berarentzako bakar-dadea zer den, eta esan zidan bihotzean hutsune bat, zulo bat ireki eta itxi egiten dena, baztertuta zaudenean sentitzen duzuna.

Iruditu zitzaidan ikuspuntu berezia zela. Ideia hori abiapuntu hartuta, Artea Bakardadearekin lotzea pentsatu nuen, horretarako Museoak bisitatzen hasiko ginen.

Auzoko bizilagunei gonbidapena luzatu nien, eta nire harri-durarako hamar lagunek esan zuten baietz, etorriko zirela. Jarri genuen txangoa egiteko eguna, etorri ziren: Faustino alarguna, Maritxu eta bere hiru ahizpak, Karmentxu gurpildun aulkian dagoena, Antonio, Mari Je, Jabier eta Itziar Benidorrera joaten diren bikoteak.

Faustinori orain dela urte bi hil zitzaion bere emaztea . Karmentxuk, bere desgaitasunarengatik gauza asko ezin ditu egin. Antoniok Covida harrapatu zuen eta hamalau egun egon zen ospitalean, asko sufrtitu zuen, eta oraindik sufritzen dago. Itziarrei, bularra kendu zizkioten orain dela bost urte.

Autobusa gurpildun aulkian joaten direnentzako egokitakoa zen. Bisitatu genuen lehenengoko museoak, "Gernikako Bakearen Museoa" izan zen, museoan, Gernikako historia kontatzen da. Nola 1.937ko apirilaren 26an, astele-

heneko azoka eguna zen, eta alemanak italiarrarekin batera eta Francoren agindupean, Gernikako herria bonbardeatu zuten, 1.600 pertsona hil zituzten, eta herria suntsituta gelditu zen. Ordurako Espaniar Errepublikako agintariek, Pablo Picasso pintxoreari Kuadro bat egiteko eskatu zioten Parisko espozizioarako, eta Picassok “Gernika” kuadroa mundu guztian ezagutzen dena, egin zuen. Orain Museo Reina Sofian ikusgai dago, aurretik, Madridera ekarri baino lehen “New York”eko “Moma” museoan egon zen. “Gernika” kuadroak ez du armarik baina herriko sufrimendua begirada baten nabaritzen da.

Zoritxarrez, gaur egun bonbardaketak jarraitzen dute, Ukrainan, Palestinan, Palestinako Gazan, Libanon, Afrikako herri askotan, hildakoak milak eta milak dira tartean umeak. Ez dugu ikasten. Armak egiten jarraitzen dute.

Gerrak gauza onik ez dakar, gizonak txirotuta, zazkarkatuta, desmoralizatuta husten ditu. Horrez gain, legea inpunitateaz urratzen da.

Hurrengo bisita, “Bilboko Arte Ederreko” Museoara izan zen. Bartolomé Esteban Murilloren kuadroak erakarri ginduen, San Pedrok barruan zuen ezinegona adierazten du, hiru bider galdetu zioten Santu arrantzaleari ea Jesús eza gutzen zuen, eta hiru bider beldurrarengatik ukatu zuen. Murillok, aurpegian jausten diren ttantetan, San Pedron damua adierazten du.

Emakumearen Artea ere aurkitu genuen, “Mentxu Gal” pintore irundarraren paisai koloretsuetan. Paisajetatik aparte, erretratista ere bazen. Askotan, etxeakoek hartzen zituzten modelotzat. Azpimarratzekoak dira bere Amari egin zion erretratuak, bat baino gehiago izan ziren eta denbora desberdinetan, agian gizakiotan denboraren eragina erakusteko!.

Gure ibilbidea osotzeko, hurrengo astean “Bilboko Euskal” Museoara Joan ginen, eta bigarren solairuan dagoen “Enrique Albizu Perurenaren” kuadroan gelditu ginen, txiki-txazko gabon afaria gogora ekarri zigun, Aiton Amonak beraien seme, alabek, eta bilobekin mahai bueltan jarrita, ordungo ohiturazko menua izaten zen: azalorea, arraina, eta matrailuaz birrindutako intxaurrak saltzan eginda. Emozioa sentitu genuen, urte haietako usainak eta kantak etorri zaizkigun memoriara.

Gure herrian, Arranondon, bisita gidatuak egiten dira eta gida bat kontratatu genuen herria hobeto ezagutzeko, horretarako autobusik ez genduen behar. Elizatik hasi ginen, herrira sartzera koan lehenen ikusten den monumentoa delako. Hirurogei gargolaz ornituta dago. Gargolak, euria kanalizatzeko dira, baina aldi berean, eskulturak ere badira. Irudi beldurgarri horiek, kristauak Elizara erakartzeko egin zituzten. Mezua “Etorri Elizara kanpoan gauza txarrak lagata”. Gargolen artean, lehoia dago, lehoiaren kalitate onak justizia eta indarra dira, baina deabrua ere bihurtzen da eta jentea jan nahian dabil.

Ertaroko artistak, Bestiarioetatik hartzen zituzten ereduak eskultura haiek egiteko.

Elizako argien multzoa zoragarria da, horrez gain azpimarratzekoak dira itsasoari begira dauden eskulturak, Erdi Aroko gortea osotzen duten pertsonaiak dira eta “Kortxeleko Mamuak” lez ezagutzen dira: Erregea, musikariak, erromesak, zaldunak, zerbitzariak, Erregearen alaba eta abadea izanik. Eskultura finak eta xehetasunez betetakoak dira.

Elizak, elementu artistiko asko ditu. Barruko aldean, eskailerak gora igota, organoa dago, Cavaille-Coll bat da, 1.868n Parisen egindakoa. Aurretik zegoen organo barrokoaren

gainean eraiki zuten. Orain dela gutxi berriztuta dago, gozamena da bere soinu ederra entzutea.

Elizan, pulpitxo bat zegoen, eta Aste Santutan, Arantzazuko fraideak pulpitora igo eta sermoiak ematen zituzten ahots indartzuarekin.

1.977n, herrian mugimendu feminista sortu zenean, hasierako batzar gutxi Elizan egin ziren.

Domeketan, mezetara joan behar zen, eta Arrantzaleei salbuezpen meza bereziak ematen zieten antxoa sasoian eta atunetako kanpainan, itsasora irten behar zutelako.

Abadeak, sagrarixura begira meza ematen zuten, latinez.

Ama Doloretako irudiak, ezpatak izaten ditu bihotzean eta arrantzaleen emazteak horietako bat hartzen zituzten sare tartean sartzeko arrantzu ona izateko desioarekin.

Bisita egin zigun gidariari eskerrak eman genion eta txalo zaparradarekin agurtu ginen.

Ostiralean hamaika lagunok batu ginen egindako ekintzen balorazioa egiteko, oso positiboa izan zen eta indarra eman zigun horrelako ekintza gehiago egiteko. Behintzat momento horretan bakardaderik ez genuen izan!

Astero batzen hasi ginen ideiak konpartitzeko, pentsatu genuen liburuak irakurtzea gero komentariuak egiteko eta liburuak trukatzeko ekintza interesgarria izango zela eta horrela hasi ginen geure buruak garatzen. Auzokoei gure dinamika adierazi genien, eta guregana etortzen hasi ziren.

.....



ADIN NAGUSIKOEN
GIZA BOLUNTARIOTZA
VOLUNTARIADO SOCIAL
DE MAYORES

**ADIN NAGUSIKOEN GIZA BOLUNTARIOTZA
VOLUNTARIADO SOCIAL DE MAYORES**

**Resurrección Maria de Azkue, 32 bajo
20018 Donostia – San Sebastián**